

Recordar, compartir, aprender

Las Palmas de Gran Canaria

Conchita Marrero Dávila, 76 años

Alejandro Socorro Cardona, 27 años

“LA MARRERA”

Esta no es la historia de una mujer, son los sentimientos, los pensamientos que esa mujer me hizo ver durante todas las charlas con ella. Es un escrito acerca de la experiencia que ha supuesto conocer parte de la vida de una persona que desconocía y que sin embargo se ofreció a contarla a un completo desconocido.

Yo pensaba que después de un tiempo, tras las visitas realizadas a Conchita Marrero, mi sentimiento sería de orgullo por haberme atrevido a emprender esta experiencia y poder escribir sobre otra persona. Pero muy al contrario de esto, mi sentimiento es de remordimiento. Remordimiento por haber juzgado antes de probar, remordimiento por no haberlo hecho antes, pero sobre todo remordimiento por no haber escuchado más a mi abuela ya fallecida.

Siempre pensamos que las personas mayores por el hecho de ser mayores no tienen nada que aportar, al menos ese era mi pensamiento. También pensamos que si han llegado hasta ahora, seguro que nos acompañarán mucho más y siempre tendremos tiempo de escucharles. Pero no es así. El tiempo pasa y la gente se va.

Quizás a Conchita le haya pasado lo mismo. Al igual que tantas mujeres mayores, que deseosas de contar su experiencia vivida no pueden porque no hay nadie a su lado escuchándolas. Estoy hablando de una generación que fue la antesala de lo que hoy conocemos como libertad, un derecho que sin embargo ellas, en su mayoría, nunca pudieron disfrutar. La clase de mujeres que trabajaron desde niñas cuidando a sus hermanos, ayudando a sus padres, y no pudiendo ir al colegio. Es la historia común, que por ser común debería ser escuchada y muchas veces es olvidada.

George Santayana dijo una vez, “Aquel que no recuerda el pasado está condenado a repetirlo”. Y Conchita estaba dispuesta a recordarlo, a ofrecerme su visión de su propia vida, de su experiencia, de sus problemas y sus alegrías. A pasar sus tardes sentada en la cama hablándome de su juventud, de su feliz matrimonio y de sus hijos y nietos.

Puede que sea más humano ver al pasado como un tiempo mejor, una luz que brilló como la luz que ahora no brilla. Pero no nos damos cuenta que el tiempo de ahora no es más que el fruto del pasado, construido desde el trabajo de personas como Conchita, que trabajó desde los 10 años cuidando de otros niños, y ya casada, se llevaba a su segundo hijo a la casa donde trabajaba de sirvienta.

No intento ni pretendo hablar de una heroína, lo único que espero es ofrecer una visión real desde un punto de vista subjetivo como el de “La Marrera”, porque antiguamente no eras Concepción Marrero, eras “Conchita la Marrera”. Y no te casabas con Juan, te casabas con “Juan el pajarero”. Y sólo veías a tu novio o ibas a un baile de juventud si tu padre te lo permitía. Madurabas muy pronto por tanta responsabilidad, te casabas joven y los hijos llegaban casi de inmediato.

Porque son mujeres como ésta, las que más han sufrido a lo largo de nuestra historia. Las que estaban obligadas a ayudar a su madre en casa; las que tenían que aprender a cocinar pronto para atender a su marido; las que tenían que trabajar para traer más dinero a casa, porque la familia crecía y no bastaba con lo que ganaba uno. Porque son ellas las que han posibilitado que, hoy en día, la mujer llegue a estar donde está y continúe luchando por más.

Son esas madres, ahora abuelas, algunas incluso bisabuelas las que han inculcado a sus hijos, ya sean hombres o mujeres, que debían cambiar el mundo, que debían hacerlo mejor, más justo, más equilibrado. Son esas mujeres a las que ahora les toca descansar, vivir la vida tranquilas y sonreír al ver los primeros pasos de sus nietos.



Es la generación que vivió de lleno el franquismo, la del trabajo de sol a sol, la que cuidaba de familiares, como hizo Conchita con su tía enferma o incluso llegó a hacer con sus hermanos, amamantándolos porque eran muchos para su madre. Es esta generación, la que ahora ve el mundo como lo ve un sabio desde la montaña, en la que se divisa el camino recorrido y que, con la seguridad de la experiencia, es capaz de dar consejos llenos de valor sin esperar nada a cambio.

La historia de Conchita pensaba escribirla tal cual me la contó, de hecho lo hice, hasta que me hicieron ver que podía aprovechar esta oportunidad para contar algo más íntimo, algo que hiciera pensar a las personas que leyesen esto.

Yo iba a decir, que es una mujer con tres hijos, todos niños como dice ella, y cuatro nietos de los que no para de hablar con una sonrisa en la boca mientras sus ojos centellean. Que es una mujer que sufre porque su marido, el amor de toda una vida, con el que se casó dos veces para reafirmar su amor, está en el hospital y no le permiten verlo porque su estado de salud es delicado.

Pero eso era lo fácil, lo que la mayoría no quiere escuchar ni leer, lo mismo que yo no supe escuchar de mi abuela.

Ahí está Conchita Marrero, rodeada de fotos de familia, de su Jesús del Sagrado Corazón y su Virgen María, que con gran voluntad y mucho cariño me abrió las puertas de su vida para que yo conociese algo de lo que, hasta no hace mucho, no quería saber: el pasado.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Cuando le pregunté a Conchita acerca de lo importante de la vida, estábamos en su habitación, una habitación llena de fotos de familia y al lado de su cama, una mesita de noche con las Vírgenes y el Jesús del Sagrado Corazón a los que reza cada noche.

Eso me llamó la atención. Ella siempre me habló de mucho sufrimiento, de pena, de sueños no cumplidos y, sin embargo, en su habitación había demostraciones de amor hacia ella.

Sin muchos rodeos, le pregunté directamente que era para ella lo más importante de la vida. La respuesta de ella fue acompañada de una mirada hacia la foto en la que aparece toda su familia, situada en la pared justo en frente de su cama, como si quisiera verla cada vez que se levanta de ella.

“Mi marido y mis hijos son lo mejor que me ha pasado en la vida, son un regalo de Dios. Y mis nietecitos, tengo cuatro sabe usted”.

El silencio se apoderó de la sala, y sin mediar palabra por mi parte, Conchita en un acto de imaginación remarcó: “La vida es como una rueda de churros, da muchas vueltas, está llena de cosas malas y cosas buenas”. Me hace pensar, lo que siempre hemos escuchado acerca de la vida, las vueltas que da, lo bueno y lo malo que nos encontramos, los logros y las frustraciones, todo, en una rueda de churros.

Al final, lo importante de la vida, son las cosas buenas que ocurren en ella. Ha vivido 76 años, y lo que más recuerda, lo que más presente tiene, es lo que la ha hecho feliz... su marido, sus hijos y sus nietos, simplemente, el amor.